



# Orientaciones pastorales 2015 - 2018

Diócesis de San Miguel  
en la Argentina

## 1- UN CAMINO

Queridos amigos, si bien en el año 2018 celebraremos los 40 años de nuestra diócesis, creada por el Papa Pablo VI, la vida de nuestras comunidades comenzó mucho antes. Vecinos comprometidos y creyentes, laicos, sacerdotes y religiosos fueron construyendo lo que hoy nosotros recibimos como un regalo: nuestra familia diocesana.

Me sumé a esta historia en el año 2007. Mi primer deseo era conocerlos y valorar todo lo que ustedes ya estaban haciendo como respuesta al llamado de Jesús. Ese fue el propósito de mis visitas a las parroquias: poder experimentar la vida abundante de las comunidades que conforman esta hermosa Iglesia de San Miguel.

El movimiento generado por las visitas pastorales, más la realización de Asambleas parroquiales con altos niveles de participación, puso en marcha un proceso muy valioso. Se hizo frecuente la reflexión de nuestras

comunidades sobre su situación particular, sus desafíos, sus fortalezas y virtudes.

Quise acompañar este movimiento ofreciéndoles acentuaciones pastorales: "Priorizar las personas" (2008); "Revalorizar los gestos" (2009) y "Elegir la comunicación" (2010). Estas dieron como fruto la Asamblea diocesana del año 2013, en la que se trabajó con ganas, elaborando conclusiones en cada una de las distintas comisiones que se formaron.

Hoy quiero presentarles estas orientaciones pastorales como un paso más dentro de este peregrinar compartido y como una puerta abierta para una Iglesia que sale hacia los demás. Quieren estimularnos a apreciar el tesoro del Evangelio que llevamos en nuestra vida y comunidades (2 Cor. 4,7) y seguir favoreciendo el diálogo, el encuentro, la reflexión y la acción misionera durante los próximos años.

Los primeros borradores de estas orientaciones han sido compartidos en varios talleres y con distintos grupos. Fueron momentos intensos de comunión y de búsqueda humilde de lo que Dios quiere para nuestra diócesis. Llegamos a coincidencias interesantes y el esquema inicial salió enriquecido por diversos aportes y miradas.

Durante todo este camino nos sentimos inspirados y acompañados por los acontecimientos y documentos de la Iglesia. Especialmente nos alegramos de la elección del Papa Francisco, quien por muchos años vivió aquí y misionó nuestros barrios. Sus palabras y sus propuestas pastorales confirman nuestro trabajo y nos alientan a continuar en este rumbo.

Recorriendo nuestra diócesis, me he asombrado de la invisible trama que crece día a día y que deja ver las raíces cristinas de nuestro pueblo: las grandes barriadas de gente creyente; sus celebraciones y fiestas comunitarias, Misas, Bautismos y catequesis para miles; espacios de oración y adoración; iglesias, capillas y ermitas; espacios de contención y acompañamiento; infinitas manifestaciones de fe y solidaridad, círculos de la Virgen; asociaciones, grupos y movimientos; y una gran variedad de organizaciones de todo tipo que trabajan por el bien común.

Al mismo tiempo, en estos años, he podido experimentar el desafío de llevar adelante la misión en contextos difíciles y precarios, con pocos recursos y medios; el sufrimiento por situaciones de pobreza e injusticia; la falta de trabajo y vivienda digna; los problemas por los que atraviesan nuestras familias, el debilitamiento de los vínculos comunitarios y la violencia en todas sus formas; el abandono y las carencias educativas y de salud que sufren los más vulnerables; los estragos

### 3- UNA PROPUESTA

que producen las adicciones; la ausencia de la fe, el desaliento de nuestros equipos pastorales, la sobrecarga de actividades y tareas que genera aislamiento y desarticulación.

Los invito a contemplar nuestra vida, la de nuestras comunidades y barrios con nuevos ojos. Con una mirada capaz de descubrir la presencia escondida de Dios y su silenciosa acción dentro y fuera de nuestras paredes y grupos. Una mirada que aliente, acompañe y haga crecer todo aquello que sirva al plan de este Dios Bueno que quiere vernos felices. Una mirada valiente que se anime a cambiar, a corregir, y a prevenir lo contrario, empezando por nuestro propio corazón.

Estas reflexiones son "orientaciones" porque buscan ayudarnos a ir juntos en una misma dirección sin la pretensión de uniformarnos. No son fórmulas a implementar o teorías para discutir, tendrán sentido si dejamos que nos interpelen y lleguen a enriquecer nuestras acciones. Simplemente quieren animarnos a ofrecer lo mejor que cada uno tiene, para lograr un estilo de vida personal y comunitario de acuerdo con la invitación de Jesús. Son "pastorales" porque la expresión "pastoral", comprende todas las acciones que realizamos desde la Iglesia siguiendo el ejemplo de Jesús el Buen Pastor, que conoce y ama a cada uno hasta dar la vida.

Sólo podremos ponerlas en práctica si las asumimos en conjunto, por eso están dirigidas a todos, no a alguien en particular o a un grupo determinado. He intentado que el lenguaje sea directo y accesible y elegí usar el término "comunidad" para referirme indistintamente a la diócesis, las parroquias, las capillas, la vida consagrada, los colegios,





las instituciones, las asociaciones, los movimientos, y los ámbitos pastorales, de modo que todos se sientan convocados.

Las orientaciones no proponen hacer más cosas de las que ya estamos haciendo. Tal vez tengamos que hacer menos. Seguramente más sencillas, pero más hondas, más rezadas, más dialogadas y compartidas. Forman un todo, por lo que no pueden ser tomadas aisladamente; están interrelacionadas y expresan matices de una misma búsqueda.

Quieren ser una propuesta que nos ayude a unificar la oración con el trabajo misionero, como parte de un estilo de vida. Evitando la falsa contraposición entre la espiritualidad, la liturgia y la formación doctrinal con las actividades pastorales. La experiencia de la Iglesia nos enseña que quedan trucas, tanto las iniciativas espirituales sin un fuerte compromiso social y misionero, como los discursos o acciones sociales sin una espiritualidad que fortalezca el corazón.

Este es el rumbo que creo que hemos discernido juntos y por eso como obispo se los propongo. Si bien entiendo que cada uno tiene su propio ritmo al caminar, lamentaría que algunos se queden fuera de este camino compartido y nos perdamos su aporte y riqueza, por eso mi ilusión es que vayamos juntos.

El contenido de cada orientación comienza con una referencia al Evangelio y presenta el fruto del diálogo entre nuestra realidad diocesana y varios textos del Papa Francisco, en especial la Carta sobre La alegría del Evangelio. Al final de cada orientación encontrarán citas de esta Carta para ampliar su comprensión. También les ofrezco unas pistas sobre nuestros mayores obstáculos o lo que deberíamos tratar de evitar y unas preguntas para que puedan completarlas y enriquecerlas con la experiencia de sus comunidades. ¡Les agradezco que quieran sumarse a este desafío!

## I ACOMPAÑAR CON UN AMOR COMPROMETIDO LA VIDA DEL PUEBLO

*Seguir a Jesús nos introduce en el corazón del pueblo. Él habla a cada uno como quien busca conocer su verdad escondida. Mirando sus ojos con una profunda atención y cariño, se acerca a aquellos a quienes nadie quería. Come y bebe con los pecadores (Mc. 2, 15-18) y jamás juzga tomando distancia, sino que una y otra vez se hace compañero de camino. Su persona no es otra cosa sino amor y los signos que realiza llevan consigo el distintivo de la misericordia: un amor comprometido y compasivo (Jn. 8, 1-11).*

Cautivados por su ejemplo, queremos que todas nuestras acciones pastorales estén impregnadas de este espíritu de cercanía. Nuestro pueblo es un ámbito privilegiado de encuentro con Dios y allí Él mismo nos espera, por eso no podemos decir que amamos a Jesús y no querer a la gente. Para poner en práctica su Palabra, hace falta estar cerca de la vida de la gente, porque la misión es una pasión por Jesús y por lo que Él ama: su pueblo.

Deseamos ser una Iglesia diocesana que sale a compartir, a aprender, a acompañar, a dialogar, a servir, a cuidar y hacer crecer, caminando en medio del pueblo, que a menudo está necesitado de respuestas que le den esperanza. Por eso, el estilo propio de nuestras comunidades desea ser el de la misericordia gratuita, para que en ellas todo el mundo pueda sentirse recibido, amado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio.

Comunidades que, descentradas de sí mismas, se preocupan especialmente de tantos hermanos nuestros que viven en la indigencia o el dolor. Hombres y mujeres que esperan una mano amiga, la fuerza y el consuelo de Jesús, que necesitan una comunidad de fe que los contenga, que buscan un horizonte de sentido y de vida.

Queremos renunciar a las excusas que nos permiten mantenernos a distancia de la existencia concreta de los otros, sobre todo de aquellos que más sufren. Cuando nos involucramos, la vida siempre se nos complica un poco, pero vivimos la intensa experiencia del amor fraterno, la experiencia de pertenecer al pueblo de Dios, la novedad de descubrir a los otros como semejantes, peregrinos en el mismo camino, espejos donde podemos reflejarnos y descubrir quiénes somos.

Como nos ama Dios Padre queremos amar sus hijos. Como

Él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a serlo unos con otros. La misericordia es el corazón palpitante de Jesús en el Evangelio, por eso es la columna central que sostiene a la Iglesia. Todo en nuestra acción pastoral debería estar revestido por esta ternura.

Quien obra con misericordia se hace cargo del otro, lo escucha atentamente, se acerca con respeto a su situación y lo acompaña en el camino de la reconciliación con su propia verdad, con Dios y con los otros. Busca su bien, respetando sus tiempos y confiando en sus capacidades y lo mira con una implacable esperanza. Sin actitudes paternalistas ni con lástima. Es un amor tierno y fuerte a la vez, realista y comprometido, que nos hermana al descubrir que todos estamos necesitados del mismo consuelo y perdón. Nos sitúa de igual a igual, sin que nadie pueda sentirse más o considerarse menos.

Debemos cuidar que no nos seduzca la tendencia a aislarnos, encerrándonos en la comodidad de lo conocido, ni pensar que evangelizar es salir a los demás con la intención de hacer proselitismo. La indiferencia y el egoísmo atrofian nuestra capacidad de amar, el temor a sufrir puede paralizarnos. La intransigencia, el moralismo o creer erróneamente que somos mejores que otros o dueños de la verdad, suelen ser la contracara de nuestra propia inseguridad.

Asumir nuestra condición de fragilidad y vulnerabilidad, nos pone en sintonía con el Dios de la misericordia que queremos seguir y anunciar.

Sólo un amor comprometido es el camino que nos permitirá compartir la experiencia de conocer un Dios que nos ama infinita y personalmente, que confía en nosotros siempre y espera siempre de nosotros lo mejor.

La alegría del Evangelio N°: 47-49; 88; 114-117, 139-148; 154, 268-274.

### Para la reflexión comunitaria

1-¿En qué medida en nuestras comunidades estamos abiertos al barrio en el que vivimos, con sus sufrimientos y alegrías?

2-¿Cuánto de nuestro tiempo y acciones pastorales se dirigen hacia los que no se acercan? Sería bueno pensar iniciativas que nos ayuden a salir más a la calle y a estar presentes en otros ámbitos.

3-¿En qué gestos y acciones de nuestra comunidad se concreta nuestro amor comprometido con los que más sufren? ¿qué debiéramos corregir o cambiar para acercarnos más al estilo pastoral de Jesús?

## II APRENDER DE LA PIEDAD DE NUESTRO PUEBLO

*Jesús transmitió su mensaje de un modo simple y comprensible para todos (Mt. 13,1-3). El conoce, valora y alienta a su pueblo. Tiene la capacidad de comunicarse partiendo de lo que el otro ya cree y conoce, como la hace con la Samaritana, Nicodemo y el joven rico. Se alegra al reconocer la iniciativa del Padre que se revela a los sencillos (Lc. 10,21).*

Una de las mayores riquezas de nuestra gente que, a ejemplo del Señor queremos cuidar, es su profunda religiosidad, que posee una gran sabiduría y está presente de diversas formas en todos los sectores sociales. Hay una raíz cristiana en nuestros barrios y en su cultura que contiene valores religiosos y de solidaridad que puede provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente.

Nuestro pueblo ha creado y se ha apropiado de símbolos y gestos que ayudan a transmitir la fe y sus valores: las fiestas patronales, las novenas, las estampas y medallas, los rosarios y vía crucis, las procesiones y las peregrinaciones, los bautismos y primeras comuniones, el cariño a los santos y a los ángeles, las ermitas y las imágenes, las oraciones en familia y los altares domésticos.

La piedad popular es una espiritualidad encarnada en nuestra cultura y es un modo de participar de la fuerza vital y evangelizadora de la Iglesia. Manifiesta una sed de Dios que sólo los humildes de corazón

conocen. Nos vuelve capaces de generosidad cuando se trata de manifestar la fe, y nos hace experimentar aspectos profundos de Dios: su paternidad, su providencia, su presencia amorosa y constante. Genera valiosas actitudes interiores: paciencia y serenidad ante las dificultades, una mirada de fe y esperanza ante el sufrimiento, desprendimiento incluso de lo necesario para ayudar a los demás, confianza en la bondad del prójimo, alegría y agradecimiento por el regalo de la vida.

Queremos potenciar esta riqueza espiritual de nuestro pueblo con sensibilidad y delicadeza, buscando comprender que sus tiempos y sus ritmos no siempre son los nuestros y protegiendo sus espacios propios. El lenguaje verbal y gestual de la piedad popular, es simple y espontáneo, por eso es accesible a todos. La religiosidad de nuestro pueblo se expresa particularmente en los santuarios y en otros lugares no menos importantes, como la casa, los ambientes de vida y de trabajo; también las calles y las

plazas pueden convertirse en espacios de manifestación esta mística popular.

Esta manera de vivir y celebrar la amistad con Jesús tiene mucho que enseñarnos y es un imprescindible punto de partida para que la fe del pueblo siga creciendo y se haga más fecunda. Muchas veces ayuda a que otros se acerquen espontáneamente al Señor. Cuando los padres transmiten a sus hijos la fe que recibieron de sus mayores, con gestos cotidianos y cariñosos como la señal de la cruz sobre la frente acompañada de un beso, o la bendición de los alimentos, transforman a cada hogar en una pequeña Iglesia. Cuando un papá o una mamá besan una imagen de Jesús y hacen que su hijo la bese, están proponiéndole una relación de amistad con Él. Encender una vela y rezar mientras se hacen las tareas de la casa, o llevar encima una estampita rumbo al trabajo, nos pone en contacto con su presencia. Cuando se emprende una peregrinación se transmite y celebra que Dios nos protege y nos acompaña en el camino de la vida. ¡Este es el poder evangelizador de la piedad de nuestro pueblo!

Muchas de estas expresiones no dependen de los sacerdotes ni de nuestras organizaciones pastorales. El Papa Francisco nos anima a que no coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera. Todo lo contrario: debemos alentar y provocar esos múltiples signos cristianos que hablan del Señor en medio de la vida de la gente y que con el tiempo se han convertido en parte de los sentimientos y de la existencia del pueblo.

Menospreciamos esta espiritualidad popular cuando reducimos la fe a pura ilustración de la mente y nos olvidamos de la acción interna de la gracia. La

ignoramos o la devaluamos considerándola "de segunda", cuando desvalorizamos sus gestos o consentimos que se confunda con la magia o la superstición. No aprovechamos su riqueza cuando la rutina convierte en costumbres vacías y "sin alma" nuestras celebraciones.

La piedad popular es un precioso testimonio de que en la vida cristiana el primer lugar lo tiene la acción del Espíritu y la iniciativa gratuita del amor de Dios. Comprobar que el Evangelio se transmite de formas tan diversas despierta nuestra creatividad pastoral y nos alienta a buscar nuevos caminos para celebrar al Dios que acompaña a su Pueblo.

La alegría del Evangelio N°: 63-64;  
68-70; 89-96; 122-126.  
Documento de Aparecida 7;  
258-265.

### Para la reflexión comunitaria

- 1-¿Cuáles son las expresiones de piedad popular más presentes en nuestra comunidad y en nuestro barrio? ¿qué aprendemos de ellas? ¿cómo podríamos custodiarlas y hacerlas crecer?
- 2-¿Qué acciones sencillas son fecundas a la hora de transmitir y celebrar la fe en nuestras comunidades?
- 3-¿Cuáles de estas acciones pueden enriquecer a otros grupos con los que interactuamos?



### III ELEGIR SIEMPRE EL ENCUENTRO Y LA FRATERNIDAD

*Sabemos muy poco de la vida doméstica de José, María y Jesús, pero es un signo muy fuerte que Dios haya querido nacer en una familia, y no como un héroe solitario. Al inicio de su misión Jesús llama discípulos que se convierten en sus amigos (Mc. 1, 16-20), comparte con ellos su corazón y su vida, les transmite su amor al Padre y a la gente, les enseña a ser comunidad (Jn. 15,12-17). Los primeros cristianos reciben esta hermosa herencia, y los Hechos de los Apóstoles y las cartas de San Pablo nos hablan de su crecimiento.*

Ser comunidad es una meta muy alta, porque todos sabemos lo difícil que es vivir juntos. Muchas veces nuestras familias y comunidades, están heridas por el desencuentro, la fragilidad de los vínculos y la desconfianza mutua.

Conocernos y perdonarnos, asumir nuestras miserias y ayudarnos a sacar lo mejor de cada uno, mirándonos con buenos ojos y encontrando puntos en común nos parece imposible cuando somos tan distintos. Pero la diversidad vivida en clave de encuentro puede ser una de nuestras grandes riquezas y nos abre a un mundo de posibilidades.

Como Iglesia de San Miguel, queremos asumir la historia de nuestra diócesis, con sus errores y aciertos, sin echarnos culpas ni guardando resentimientos. Animarnos a perdonar y pedir perdón por todo lo que hayamos sufrido o hecho sufrir, dejándonos reconciliar por Dios (2Cor. 5,20).

Los invito a mirar hacia adelante, agradeciendo a los que nos precedieron y asumiendo el compromiso de optar siempre, ante cualquier circunstancia, por la fraternidad. Sólo el testimonio de comunidades auténticamente fraternas y reconciliadas es luz que atrae.

Aprender a encontrarnos, incluso con los que son distintos a nosotros, valorándonos y aceptándonos, nos hace compañeros de camino. Como nos dice el Papa, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de apoyarnos, de participar de una verdadera experiencia de fraternidad. Una mayor comunicación se traducirá en más posibilidades de encuentro y de solidaridad. Si pudiéramos seguir este camino, sería algo muy bueno, muy sanador y liberador.

Este desafío nos incluye a todos, invitándonos a descubrir las potencialidades que nos ofrece

reconocernos parte de una misma familia diocesana: la capacidad de crear climas comunitarios y modos de vincularnos sanos, cálidos y acogedores; la riqueza de compartir diversas experiencias para aprender unos de otros; el tomar conciencia de que formamos parte de la red más extendida y presente en nuestro territorio; el poder agradecernos mutuamente por el servicio que cada uno presta en sus propias comunidades; el apoyarnos y acompañarnos en las diversas iniciativas pastorales que realizamos; el celebrar, cantar y rezar juntos, que nos une y fortalece.

Este es el camino para llegar un día a compartir bienes, espacios y recursos, al servicio de una misión común, orgánica y articulada. Es el rumbo que nos permitirá incluso poder vincularnos con otros actores sociales y organizaciones, que trabajan por el bien común y merecen nuestro respeto y colaboración, tanto como

necesitamos la suya. La expansión pastoral que genera la vida fraterna en sus diversas manifestaciones es fuente de una poderosa energía de reconstrucción de los vínculos comunitarios.

Veo como desafío poder pensarnos y actuar como una sola comunidad diocesana. Muchas veces la complejidad de nuestra organización, la burocracia o el enredarnos en los propios problemas nos aísla. El sobrecargarnos de actividades o de cosas por hacer puede convertirse en una evasión para evitar el encuentro auténtico entre nosotros y nos hace olvidar que

nuestra meta prioritaria es construir comunidad a diversos niveles. A veces, con buena intención, las propias iniciativas nos hacen "tirar cada uno para su lado" sin buscar sumar fuerzas. Las críticas y los prejuicios, las actitudes defensivas y la competencia o los celos entre nosotros, nos debilitan.

La fortaleza de esta familia diocesana que formamos, depende de nuestra disponibilidad y compromiso para construir con alegría puentes que nos unan, respondiendo con fidelidad al Dios que nos llama a ser comunidad.

La alegría del Evangelio N°: 20-24, 28-29, 87, 92, 101, 131, 226-230; 234-241.

### Para la reflexión comunitaria

- 1-¿En qué ocasiones buscamos encontrarnos e integrarnos para celebrar o trabajar juntos? ¿Cómo resolvemos los conflictos que surgen entre nosotros?
- 2-¿En qué medida buscamos instancias de intercambio con comunidades cercanas a las nuestras? ¿Con que organizaciones de nuestro barrio podríamos trabajar juntos?
- 3-¿De qué manera nuestra comunidad podría insertarse aún más activamente en la pastoral de la diócesis? ¿Cuáles son los eventos diocesanos que más disfrutamos?

## IV FAVORECER LA PARTICIPACIÓN Y LA CORRESPONSABILIDAD EN NUESTRAS COMUNIDADES

*La vida de los apóstoles junto a Jesús es un largo proceso formativo. Cada situación que viven se transforma en una enseñanza llena de sentido. Poco a poco Jesús los prepara para que ellos sean quienes continúen su misión y les va delegando responsabilidades, apuesta a sus capacidades, les da participación y los acompaña, como cuando multiplica los panes para la multitud y les pide a ellos que los repartan (Mc. 6,33-44). Les permite equivocarse y los corrige renovándoles su confianza. Un hermoso ejemplo de esto es la charla de Jesús con Pedro en la playa después de la Resurrección (Jn. 21, 17).*

Compartir responsabilidades y revisar los procesos que utilizamos para tomar decisiones en la misión que el Señor nos confía, es otro gran desafío que tenemos por delante. Necesitamos madurar desarrollando ámbitos y procesos formativos que favorezcan la corresponsabilidad y el compromiso, ya que la continuidad de las acciones pastorales, su vitalidad y vigencia, dependen en gran medida de esto.

Habitualmente en nuestras comunidades casi todas las decisiones y responsabilidades recaen en manos de sacerdotes, consagrados, o de un reducido grupo de laicos. Pero son tan amplios y tan distintos los retos que se presentan en la tarea evangelizadora, que fácilmente pueden sentirse sobrecargados y agobiados. Por otro lado, la inmensa mayoría de los laicos, base

estable de la Iglesia, permanecen al margen de las decisiones.

Para revertir poco a poco esta tendencia, queremos empeñarnos por recuperar o aprovechar los espacios que favorecen la participación: desde los consejos parroquiales, las reuniones o asambleas parroquiales o diocesanas, hasta cualquier otro ámbito en que se anime con creatividad la vida comunitaria.

Esos son los lugares para estar presentes, para rezar juntos, animarse a proponer, a opinar, a preguntar, siendo capaces de anteponer el bien común a mi opinión particular. Pero todos tenemos que prepararnos tanto para participar como para favorecer la participación. Escuchando humildemente lo que el Espíritu quiera inspirarnos podremos discernir lo que juntos después nos

comprometamos a poner en práctica. Es importante que nadie ejecute pasivamente las tareas asignadas sino que se quiera y se sepa participar del discernimiento pastoral, de la toma de decisiones y de la planificación.

Debemos encarar esta ardua tarea con prudente paciencia, teniendo en cuenta que un cambio de modalidad llevará su tiempo. Tomar el compromiso de construir juntos supone muchas actitudes y habilidades que se pueden aprender: la del diálogo y escucha, el respeto y la valoración del aporte del otro, la capacidad de trabajar en equipos, de llegar a consensos y de delegar. Dar lugar a otros para que aprendan, ceder espacios aun cuando el inevitable costo sea equivocarse es clave para adquirir la sabiduría necesaria y poder acompañar procesos de madurez, abriéndose a la novedad de que las cosas se

hagan de otro modo. Una comunidad corresponsable plasma la misión con una misteriosa fecundidad y una gran creatividad, confiando en la acción del Espíritu en todos.

Este es el camino para que nuestras comunidades permanezcan abiertas a la diversidad de carismas, servicios y ministerios, y se organicen de modo comunitario y responsable. También nos permitirá tener un proyecto a mediano o largo plazo, capaz de integrar a nuevos miembros, y de despedir con agradecimiento a otros, sin que la comunidad pierda su rumbo o su propia identidad.

No estamos a la altura de esta propuesta cuando dejamos que uno solo tome todas las decisiones, sin dar lugar a otros. Cuando aceptamos cómodamente que otros se

encarguen, sin asumir las propias responsabilidades o cedemos a la tentación del liderazgo autoritario. El formalismo y la falta de creatividad o la repetición rutinaria del "siempre se hizo así", puede ahogar el entusiasmo. Hacer descansar los proyectos pastorales sobre el carisma o la entrega de algunas personas, sin buscar relevos a tiempo, puede sobrecargarlas. La improvisación y falta de un proyecto común, hace que trabajemos como si estuviéramos "empezando siempre de nuevo", sin aprender de los que estuvieron antes.



Una comunidad comprometida es como una sinfonía de muchas voces, de distintas miradas y de pequeños aportes con un mismo espíritu. Al compartir la carga, el corazón se aligera y entonces podemos disfrutar más de lo que hacemos y vivir agradecidos al Dios que confía en nosotros.

La alegría del Evangelio N°: 31; 77, 81-83, 102-109; 169-173; 222-225; 280.

**Para la reflexión comunitaria** 1-¿Cómo se podrían promover o mejorar las asambleas parroquiales o los espacios de este estilo en nuestra comunidad?

2-¿Cuáles son las habilidades más necesarias a incorporar para que haya corresponsabilidad y participación en nuestras comunidades? ¿Quién podría ayudarnos a capacitarnos más?

3-¿Qué experiencias tenemos de responsabilidad compartida que sean valiosas para transmitir a otros grupos? ¿Cuáles conocemos de otras comunidades que puedan enriquecer la nuestra?



## 4- UN FINAL ABIERTO

En un final cerrado, todo está resuelto. Un final abierto deja preguntas sin resolver que invitan al que lee a involucrarse dando una propia interpretación. Estas orientaciones quedarán "incompletas" hasta que cada uno de ustedes y cada comunidad a la que pertenecen no se las apropie. Si ellas no logran desencadenar una búsqueda comunitaria de los medios para realizarlas, quedarán "en los papeles", pero si han resonado en el lugar adecuado, podrán generar nuevas preguntas y movilizarnos.

Mi deseo es seguir acompañando este proceso de renovación, que llevará su tiempo, y que sólo se realizará con el entusiasmo de todos. Estoy convencido, que como Iglesia diocesana, podemos dar todavía más frutos si nos animamos a repensar en esta clave objetivos, estructuras, estilo y métodos evangelizadores.

Para recuperar todo el trabajo que estamos haciendo y dar a conocer las resonancias de estas orientaciones, les propongo

utilizar una página de Facebook que nos servirá como un espacio de intercambio de recursos

([www.facebook.com/cajaderecursos](http://www.facebook.com/cajaderecursos)).

Las experiencias pastorales valiosas se publicarán acompañadas de un nombre de contacto, de modo que los interesados puedan conocerlas mejor. Así podremos aprender unos de otros, compartir o tomar ideas y agradecer la maravillosa obra del Señor expresada en tanta diversidad y creatividad.

La Virgen Santa cuide la alegría de nuestras comunidades, renueve su audacia, y nos acompañe en una entrega misionera llena de esperanza. Los bendigo de corazón.

**+ Sergio Alfredo Fenoy**

*Obispo de San Miguel en la Argentina  
11 de julio de 2015, aniversario de la  
creación de nuestra diócesis.*



**OBISPADO DE SAN MIGUEL EN LA ARGENTINA**  
**J. J. de Urquiza 1769 (1663) SAN MIGUEL**  
**Telefax: (011) 4664-9207**  
**[cancilleria@obsanmiguel.org](mailto:cancilleria@obsanmiguel.org)**